

deturpadores languidecía como señorita sin novio tras de la reja de un balcón despedazado por la metralla, él solo, sin falsos heroísmos episódicos, desdeñoso de la realidad inmediata del minuto, edificaba su epopeya interior de redención y de confianza.

Alguien, no recuerdo quien, lo llamó poeta puritano, por el decoro característico de su inspiración. Sí, lo es por eso y también por su apasionado y militante individualismo. Es el poeta del libre-pensamiento y de la torre de marfil; aceptémosle así por desacreditadas que estén las soledades del espíritu en estas épocas de cristianismo sindicalista y de hermosa sinérgica colectiva. Divinas soledades del espíritu que hacen siempre los cantos más puros y a las que sólo pudo llegar Dante en sus capítulos del paraíso cuando supo despojarse en el infierno de todos los bruscos asaltos de odio, de venganza y de cólera mezquina que atormentaban su corazón.

Es tal la fuerza de sus pasiones, que todos se han puesto de acuerdo para llamarlo sereno. Lástima que la feminidad cada día mayor de la poesía moderna haya dado a este epíteto un sabor de quietud y de paciencia eunuca que no tenía en sus orígenes. Lástima grande, porque, de no ser así, convendría admirablemente a la perfección clásica de sus ritmos y a su tranquilo desdén por los prejuicios del instante. Serenidad es la suya, quemante y viva, en cuyo crisol insiden los más variados apetitos y las inquietudes más encontradas; serenidad que recuerda no el hielo de la Venus de Milo sino, más bien, el serpentino torcimiento del dolor sobre el busto macizo del Laocoonte.

Poeta de fuerza, de optimismo y de serenidad lo habrán de definir los críticos, ratificando su propio orgulloso concepto, impuesto a guisa de título en la portada del más espléndido de sus volúmenes.

Poeta liberal como ninguno, hijo del siglo XIX, pensador y bacteriólogo, experto él mismo en tocar con las manos balsámicas del que salva, las heridas de la carne y del espíritu, sus defectos verdaderos son los de la época escéptica y positivista en que su espíritu se engendró. Poeta tierno, sin blandicie, fuerte sin alarde, optimista sin candor, orgulloso sin vanidad, comprensivo sin afectación, inteligente sin prejuicio, hábil sin virtuosidad, sobrio sin pobreza, decoroso sin frialdad, discreto sin hipocresía, sincero siempre en todo y noble como pocos en su honrado oficio de pensador y de panida.

JAIME TORRES BODET
Altamirano, 116. México, D. F.



Carta

San José, 4 de febrero de 1925.

Señor Director del REPERTORIO AMERICANO,
don Joaquín García Monge.—Pte.

Distinguido señor:

En la edición de *La Nueva Prensa* del 23 de enero p.pdo., en una nota que parece ser editorial, titulada:

«Contestamos un Editorial de *La Estrella de Panamá* a propósito de la misión ignominiosa de Casorla y otros tópicos...»

se encuentra el siguiente párrafo:

«...para la misión confidencial escogió nuestro Gobierno a un hombre, Buenaventura Casorla que si es en Panamá un distinguidísimo caballero, no reúne para el pueblo costarricense los atributos que debe reunir el hombre en cuyas manos se pongan misiones de una naturaleza tan delicada como esa de que nos ocupamos, pues hasta su nacionalidad es dudosa».

Aunque no estoy en la obligación de recoger todas las manifestaciones que haga la prensa nacional acerca de la misión que por encargo del señor Presidente Jiménez llevé ante el Gobierno de la República de Panamá, porque el objeto de esa misión no es para ser discutido en los periódicos y porque en cuanto a lo que yo soy o lo que yo hice o no hice, cada cual puede juzgarlo conforme a su idiosincrasia o a su interés o a su buen entender, me parece que no debo ser del todo indiferente a la manera como el periódico aludido juzga la actitud de nuestro gobierno y mi propia personalidad haciendo desde luego una confusión injusta entre los derechos que la prensa pública tiene para examinar los negocios del Estado y los deberes que le corresponden para juzgar a los hombres del país.

No sé a qué clase de atributos se refiere el escritor de *La Nueva Prensa* para desempeñar una misión diplomática como la mía, y como la frase copiada es ambigua y más bien parece dictada por un sentimiento de prevención, juzgo que estoy en el deber de establecer por un procedimiento racional, un juicio público que aclare el concepto o los conceptos contenidos en el párrafo en referencia. No me interesa tanto a mí como al país. Se podría pensar que el Gobierno de esta República llamó de la calle a cualquier hombre, de conducta dudosa, de historia desconocida y de nacionalidad ignorada, para encargarle un oficio delicado, nada menos que una representación confidencial ante un Gobierno Extranjero. No ignoro que puede haber muchos hombres en la República capaces de desempeñar, tal vez con mayor fortuna, el negocio que se puso a mi cuidado, pero creo que al escogerme a mí el Presidente Jiménez fué porque tiene fe en mis capacidades y en mi devoción a mi patria y nunca porque quiso abrir más grande abismo en nuestras antiguas y excelentes relaciones con Panamá enviando ante su gobierno a cualquier hombre sin algún modesto merecimiento